

VIAJE AL INFRAMUNDO  
Primer concurso intercolegiado de cuento  
Historias de barrio

Mariana Dussán Cárdenas  
Colegio Nuestra señora del Rosario  
Grado once  
16 años

GIMNASIO CAMPESTRE  
LA CONSOLATA  
BILINGÜE

## VIAJE AL INFRAMUNDO

La cotidianidad que adormecía el tiempo no era más que apariencia en búsqueda de resaltar ante otros. Comparándose y vendiéndose sin llegar a conocer el valor propio que emergía por los poros de metros construidos en concreto, buscando el firmamento. Las paredes gritaban mientras las personas callaban. La zona que ocupaba la sociedad, mi sociedad, gritaba historias indigentes en aras de ser escuchadas y procesadas por mentes proactivas, capaces de transformar el impulso nervioso en una realidad.

Soy un simple individuo buscando que su historia sea escuchada, la implosión de palabras desordena mis funciones vitales, por ello decidí hacer lo que hice, sin tomar en cuenta posibles consecuencias o karma que podría pagar aquí o allá. Tomé la corta mina de lápiz que aún guardaba en los podridos cajones, agarré uno de los cuadernos que poseía mi pequeño hijo y comencé a redactar.

“Cada noche al despertar desconsoladamente, mi mente era atormentada por las constantes voces que se infiltraban en la habitación casi destruida por la invasión isóptera. La poca madera que aún se resistía al ataque masivo rechinaba como si estuviera pidiendo auxilio con gritos ahogados de la perdición infernal que le aguardaba. Intentaba volver al mundo de los sueños, pero me era imposible, ya que almas, desoladas, fijaban una barrera entre la única opción humana de relajación después de ser víctima de un seductor, pero inquisidor día de trabajo que parecía estar eternamente sumergido en monotonía y esclavitud. Esto me está conduciendo hacia el precipicio de la locura; en poco tiempo los sentidos me permiten ser un ente que convive con su medio, agonizarán rogando ser dominados por la imponente muerte.

Día tras día despertaba a mí hijo, con la esperanza de que no pasara por la misma situación que su padre vivía en carne propia. Intentaba preguntarle por la escuela y actividades que realizaba, pero la conversación siempre seguía bajo el mismo hilo, llegando a la conclusión de que él deseaba que yo abandonase mi trabajo, ya que nos consumía a ambos. Pero me era difícil buscar algo más, era la única conexión que aún guardaba con mi difunta esposa, después de haber sido brutalmente asesinada por una de las bandas que regían el barrio en que vivíamos. Hace unos años atrás, recién llegados al barrio, ella me advertía de la inseguridad en la que viviríamos, mientras yo insistía en que estaríamos perfectamente, claro está bajo efectos de la codicia por haber encontrado empleo después de una oscura época en la que no teníamos ni centavos para alimentar nuestra fe; Así fue como, años después, sus predicciones se volvieron realidad.

Mi trabajo consistía en que, una vez terminado el funeral, disponía al cuerpo inerte bajo unos metros de la superficie para cubrirlo con tierra mientras ésta era regada

por lágrimas de quienes apreciaban a la persona que bajaba al inframundo. Yo mismo enterré a mi esposa, con ayuda de mi hijo; no contábamos con nadie más, solo nos teníamos entre los tres. Fui el culpable de colocarla más cerca del infierno y tal carga no me deja avanzar en el tiempo. Me estancé en el pantano del *Kairós* y no logré alcanzar el mechón de cabello que atravesaba su rostro, ahora sólo logro ver su calvicie avanzando en círculos ante las tinieblas de la eternidad; mientras observo el segundero como cuchilla, que demarca el “tic, tac, tic, tac...” intenta separar la dualidad que me ha conservado en este mundo. ¡Quizá conduzca mi alma hacia el inframundo!, quizá mi propio hijo me enterrará metros bajo tierra para que mi alma pueda alcanzar libremente el tren que conduce hacia... ¿“el jardín de Satanás”? , quizá día a día estoy cavando mi propia tumba con la tristeza reprimida que no logro liberar.

Nadie podría imaginarse lo que pasa por la mente de un simple sepulturero, ni podrían calcular la cantidad de almas que intentan adueñarse del cuerpo vivo que cuida cada día, sin falta, la descomposición de sus mórbidos cuerpos.

Jamás terminé de comprender por qué había tenido esta clase de vida, o por qué el destino me arrebató a la persona que le dio sentido a este encadenamiento con el sistema al que llaman vida. En cada minuto que perdía, mi mente peleaba por lo que debía hacer: ¿Qué podría ser peor? ¿Abandonar a mi hijo en un mundo de tinieblas o llevarlo conmigo hacia lo inhóspito?

Cualquier día del calendario decidí recoger a mi hijo en la escuela, me excusé diciendo que quería enseñarle algo que había descubierto. El camino desde la escuela hasta el cementerio no es distante; la ausencia de nuestras voces deformaba el tiempo haciéndolo pasar más lento y pasional. Él se asombró al ver que estábamos frente a la tumba de su madre, quien estaba desnuda, exhibiendo el esqueleto que apenas podía diferenciarse del color oscuro de la tierra.

-¿Por qué estamos aquí papá?- sus ojos húmedos buscaron los míos. No logré encontrarlos- ¿Qué le hicieron a la tumba de mamá?- su voz quebró, emitió un sonido similar al deslizamiento de una montaña que asesina consigo a cientos de personas que ubicaban el pueblo en su vientre.

-Amado hijo, deseaba demostrar que nuestro cuerpo jamás abandonará la tierra. Por eso te traje conmigo, para por fin poder liberar a tu madre – a la vez que le explicaba esto sacaba de la mochila un recipiente con gasolina – la única manera que tienes de liberarte...-regué el líquido sobre los huesos enterrados en la tierra, consciente de que no todos arderían por completo – es incinerándolos y liberándolos hacia el firmamento – señalé con mi dedo el cielo, mi hijo observó con cautela.

Retiré un cigarrillo de la cajetilla, lo encendí e inhalé un poco.

-Esta es la manera, hijo – Lancé el cigarrillo encendido a la lápida. El fuego nació y comenzó a dominar el área.

-¡¿Pero qué estás haciendo papá?! – miré los ojos suplicantes de mi hijo, mientras lo empujé para que ardiera en llamas junto a su madre. Sus gritos, opacados de dolor, reventaron mis oídos. Terminé de escribir esta nota, colocándola bajo una roca cerca de la escena y luego me lancé junto a ellos. Estaremos juntos en el edén, por siempre.

...

*Un joven caminaba por el cementerio buscando la lapida donde su abuela descansaba, noto unas llamas sobresaliendo del césped, se acercó a este sitio con curiosidad en sus pensamientos descubriendo la carta aplastada por la roca... Dobló la carta, la guardó entre sus libros y días después decidió entregarla a la policía, no sin antes fotografiarla y compartirla por todas las redes que se lo permitieron, convirtiendo esta historia en la maldición que siempre guardará el barrio. Después de que esta se dio a conocer, el barrio testigo se convirtió en un centro histórico que guardaba en su interior la trágica historia de la familia del sepulturero.*

Después de investigaciones pudieron ubicar la casa en la que vivía el padre junto a su hijo, donde las paredes rasguñadas, enfocaban un claro mensaje que buscaba no ser olvidado nunca:

**“¿Acaso seremos por siempre una diminuta fracción del planeta tierra?  
¿Será un castigo de nuestro Dios por no cuidar del mundo que nos regaló?  
¿Qué nos acogió?”**